

cinco años. En Cholula la planta está madura, por escepcion, á los ocho años.

Este agujero se llena de un líquido incoloro que toma el nombre de *aguamiel*: se le vacía dos ó tres veces al día, sacándose por término medio de diez y ocho á veinte cuartillas cada veinte y cuatro horas por espacio de cinco meses. La cuartilla representa medio litro poco mas ó menos. Agotada la savia, necesariamente muere la planta.

La recoleccion se hace del modo mas primitivo. Los hombres encargados de ella, llevan á la espalda, retenido por una red de cuerda, un odre cuya abertura se fija encima de la cabeza. En la mano llevan una larga calabaza ligeramente encorvada que termina en su estremidad mas estrecha por un cuerno de buey: este instrumento se llama *acajote*. Van además provistos de un cucharón de mango corto, que le sirve para limpiar y agrandar el agujero.

El operador sumerge en el líquido el cuerno, apoya sus labios en el extremo opuesto, hace el vacío, el *acajote* se llena y el contenido pasa al odre.

Entré en el Estado de Méjico por Arroyo Zarco, muy cerca del pueblo de Aculco, que dió su nombre á la célebre batalla del 7 de noviembre de 1810 entre los insurrectos mandados por el cura Hidalgo y los españoles á las órdenes de Calleja, en la que estos últimos quedaron vencedores.

Las noches son frescas en Arroyo Zarco, sintiéndose en él la influencia del aire sutil de las montañas. La meseta es elevada, pues desde Salamanca no se cesa de subir. Salamanca está á 1,757 metros, Celaya á 1,835, Queretaro á 1,940, San Juan del Río á 1,978, Arroyo Zarco á unos 2,200. El valle de Méjico está mas elevado aun (2,277 metros.) Puede formarse una idea de lo que seria la residencia en estas alturas bajo nuestras latitudes recordando que el Plomb del Cantal, el punto mas elevado de la Auvernia solo tiene 1,856 metros. En la zona tórrida esta elevacion es la garantía de una primavera perpétua.

El Estado de Méjico es un vasto territorio de unos 51,000 kilómetros cuadrados, lo que es aproximadamente la superficie de la península de Dinamarca. Su poblacion asciende á mil doscientos y tantos habitantes. Su capital es Tescuco y no Méjico, que en su calidad de capital de la Union forma con su territorio un distrito independiente con su administracion particular; el distrito ó partido federal. El Estado se divide en ocho distritos, cuyas capitales son: Acapulco, Tasco, Cuernavaca, Toluca, Méjico, Tula, Tulancingo y Huejutla.

Esta provincia es escesivamente montañosa; asi las diferencias de nivel de las alturas y los valles crea grandes diferencias de temperatura, encontrándose en ellas sucesivamente todos los climas y productos de las tres zonas. Numerosas corrientes de agua bro-

tan y corren por los flancos de estas alturas trayendo la fertilidad á los valles. Los principales son: el rio Zacatula ó de las balsas, el rio Lerma y el rio Tula. El primero nace en la falda meridional de la Sierra de Ajusco, que cierra al Sur el valle de Méjico, y desemboca en el Pacifico; el segundo sale de los pantanos en que se asienta la ciudad de Lerma, al Oeste de la capital y viene á formar el rio Santiago; el tercero, en fin, sale del mismo corazon de las montañas que separan el valle de Méjico del de Lerma, se dirige hácia el Norte con el nombre de rio Panuco y viene á confluír al rio Tampico cerca de la desembocadura de este último.

Un gran número de volcanes apagados, la configuracion del suelo, la abundancia de basaltos, el onix y otros productos eruptivos, y finalmente, las riquezas metálicas esparcidas en el subsuelo, prueban que esta region ha sido particularmente atormentada por la accion del fuego interior. Se cuentan diez antiguos cráteres en el perímetro del valle de Méjico solamente. El Popocatepetl, la montaña que humea y el Istaccihuatl, la mujer blanca, son los mas bellos florones de esta temible corona. El primero mide 5,422 metros, siendo hasta el presente al menos el rey de la cordillera mejicana; el segundo solo tiene 5,081 metros y cede el paso al Orizaba en Vera Cruz, al cual da Humboldt 5,295 metros.

Saliendo de Arroyo Zarco se sigue un camino pedregoso que atraviesa una region accidentada, cubierta de grupos de encinas achaparradas y no muy abundantes. Este sitio debe ser de la predileccion de los ladrones, y como se ve habia prevenido en la fonda un mal encuentro en la sierra de Calpulalpan, que es el nombre de esta pequeña cadena, pasé con gran vigilancia.

De Arroyo Zarco á Méjico el camino carretero forma un recodo hácia el valle de Tula: yo tomé la via mas directa de las montañas por Tepeje del rio. Una llanura bastante salvaje sucede á la sierra; de vez en cuando se encuentra un pueblecillo rodeado de algunas tierras cultivadas y de habitantes de mal aspecto. Por fin penetro en las montañas, mas allá de las cuales está el valle de Méjico.

Estas montañas están desnudas y desiertas; pero el horizonte es á veces grandioso, cuando el camino sube á las cimas: las líneas tienen magestad, y lo pintoresco audacia. A mi pesar hice alto en uno de estos puntos elevados para saborear un poco mi admiracion: esta region petrificada en medio de esfuerzos convulsivos y sobre la cual el sol, ya casi en su ocaso, lanzaba una luz oblicua, cuyos resplandores tenian sombra, aquellas gargantas donde se condensaba la oscuridad y de que se exhalaban vapores nacarados, aquellas doradas cimas, aquellos torrentes que lamian con lengua de plata la sombría falda de las vecinas

alturas, todo aquello reclamaba un acto de adoracion á la madre naturaleza, tan bella cuando no está compuesta, tan generosa sobre todo para el que se atreve á venir á admirarla allí donde no lo es.

El camino se hunde en una profunda depresion que se abre á mis pies, sin que yo pueda ver por qué caprichos me va á conducir abajo. En lontananza, al Noreste, una rara cúspide se eleva bruscamente como un hierro de lanza sobre la línea azul del horizonte. Un mozo de mulas que vá delante, mozo que se jacta de haber recorrido el vasto territorio de la República, me hace reconocer en este agudo pico el cerro de los Organos ó de Mamanchota, una de las curiosidades de este pais tan curioso. Es una aguja de rocas, que no tiene menos de 100 metros de elevacion, y á que sirve de base una montaña de 2,770 metros, dominando el pueblo de Actopan.

La hacienda de la Cañada está situada en el fondo de la garganta: para bajar á ella se sigue una rampa angulosa y peligrosamente rápida. Habia hecho una docena de leguas desde por la mañana; mi intencion era avanzar hasta Tepeje á 5 ó 6 leguas de allí, pero era ya tarde y tuve que detenerme en la hacienda, que es un inmenso edificio cuadrado, con su meson y su fonda.

El dia siguiente, 5 de febrero, me dirigí hácia Tepeje, siguiendo el barranco al través de una exuberante vegetacion que favorece una gran humedad: algunos grupos de chozas en las que todo duerme, porque apenas es de dia, se encuentran á mi paso. En medio de un bosque oscuro en que el camino se divide en diez senderos que se cruzan, en que el suelo mojado cede sin ruido bajo el casco del caballo, me veo de repente entre cinco ó seis ginetes armados de lanzas, sables y mosquetes, que venian en direccion opuesta á la mia, y pasaron como las sombras de una balada alemana, sin decir palabra, sin detenerse, envueltos hasta la nariz en sus *sarapas* y con el sombrero calado. ¿Eran los ladrones, tan anunciados que seguian una pista mas importante para dignarse parar su atencion en un pobre viajero ó simplemente vaqueros de alguna hacienda? No pude averiguarlo.

Pasé el rio Tepeje por un puentecillo de piedra de algunos arcos: la comarca es un desierto. El rio corre entre dos colinas rojas y pedregosas. En el parapeto del puente hay un pequeño nicho enrejado en que se ve una pintura religiosa. Un indio la adora de rodillas.

El rio Tepeje es un tributario del Tula ó acaso su origen.

Mas allá de estas colinas, cambia la decoracion y el pueblo de Tepeje aparece rodeado de verdura y agua corriente. La fonda está servida por un matrimonio viejo, mas cuidadoso de sus negocios, que de los nuestros, pues apenas puedo lograr que me sirvan

el chocolate y un par de huevos. Esta buena pareja que parece estar tan unida como la de Filemon y Baucis, parece tambien haber perdido la cabeza: los pobres entran, salen, descuidan mi desayuno, ó lo cuidan á la vez embarazándose mutuamente, ó haciendo desaciertos: todo es apatía. Hay en ellos desbordamientos de actividad, pero esta actividad está concentrada en el cerebro. Tratan de su hija y comprendo que la niña está ausente, que debia estar allí, que es jóven, y que en el lugar de los padres tendria mas cuidado con ella.

De Tepeje á Huehuetoca la comarca es irregular, muy regada, verdeante y arbolada. Sin embargo, su risueño aspecto concluye en el pueblo de Santiago, al pie de la loma de Nochistongo. La loma y el inmediato cerro de *Sincogue*, en cuya opuesta vertiente se halla Huehuetoca, presentan tristes cimas y algunos magueyales. La colina es una masa de tiza, cuya blancura no tiene nada de agradable: la pequeña planicie de su cima desigual y escarpada es un reverbero en que el sol quiebra molestando sus rayos.

En medio de este horno, que pasé á toda prisa temiendo se derritieran los metales que yo llevaba, encontré á un indio arrodillado y con la cabeza desnuda. Su rostro apergaminado en que los años habian acumulado las arrugas, estaba vuelto hácia el sol y sus ojos estáticamente vueltos no mostraban mas que lo blanco del globo. Yo lo tuve por un mendigo; pero Miguel me dijo que era un penitente en oracion. Oraba, efectivamente en alta voz, con un rosario en la mano y un escapulario al pecho. El sudor corría á mares desde su rostro á los pies.

El pueblo de Huehuetoca, á donde llegué muy luego está asentado al pie del monte Sincogue, á la estremidad Noroeste del valle de Méjico, y á unas 10 leguas de la capital. Este villorrio es célebre por un gigantesco trabajo hidráulico, conocido con el nombre del *Desagüe*. Para comprender la importancia y aun la accion del Desagüe hay que dar cuenta de la topografía de esta bello conca de Méjico.

El valle en cuyo centro se eleva la antigua Venecia azteca, forma un óvalo de 18 leguas de largo por unas 12 de ancho, ceñido por un cerco de montañas de pórfiro, cuyas desiguales cúspides ofrecen una línea de horizonte sumamente pintoresca. La *Mujer blanca* y la *Montaña-que-humea*, se elevan con sus nieves eternas al Sureste y parecen las manecillas de diamantes de esta gran decoracion. El segundo de estos volcanes justifica tambien su nombre algunas veces. Del seno mismo del valle se alzan en varios puntos algunos conos aislados, volcanes apagados en su mayor parte.

Seis grandes lagos, sin contar algunos estanques ocupan una gran parte de este sitio. En frente de

Huehuetoca se halla el lago de Zumpango por bajo el de Taltocan; despues y siempre al Sur, el de San Cristóbal, el gran lago de Tescuco, cerca del cual está la capital, en otro tiempo rodeada de sus aguas; y en

fin, los de Jochimilco y de Chalco, que hablando propiamente no hacen mas que uno, dividido por una calzada. El agua de estos lagos es dulce, escepto la del Tescuco, que es salobre, fenómeno cuya aparente



Recoleccion del pulque.

rareza se explica por este hecho: que estando mas bajo que los otros recibe en mayor cantidad los lavajes de sosa y potasa que las corrientes arrastran de las montañas.

Estas cascadas ó sábanas de agua han disminuido considerablemente desde la conquista, no bastando á mantener el equilibrio de su nivel, los inmediatos manantiales, bajo un clima donde rara vez llueve y á una altura barométrica, donde es mucha la evaporacion.

El lago de Tescuco, poco profundo generalmente, ha dejado sobre todo un vacío inmenso, tanto mas sensible, cuanto que las eflorescencias salinas inutilizan en parte el terreno que las aguas deberían ocupar.

Pero esta sensible desaparicion del elemento fertilizador no evita completamente las inquietudes de un órden opuesto ocasionadas las súbitas crecidas de estas mismas aguas. En este último caso el lago de Tescuco, enriquecido con lo supérfluo de



Alto de los viajeros en las cercanías de Méjico.

los otros, se hincha y causa á veces grandes desbordamientos. Las crónicas indias mencionan una inundacion bajo el reinado de Motezuma I á mediados del siglo XV, y despues de la conquista han ocurrido muchas. No remediando el mal los diques, se pensó en una galería que hubiera llevado el escedente de aguas del valle de Méjico al de Tula, 222 metros mas bajo: tal fue el origen del *Desagüe*. Un canal de 8,600 metros, hecho en gran parte al través de la colina de Nochistongo, condujo al rio Tula las aguas del rio Cuautitlan, principal tributario del lago Zumpango y causa primera de la mayor parte de los desbordamientos. Otro canal con esclusas debia llevar del mismo modo al primero las sobrantes del Zumpango.

Hízose al principio un túnel ó socabon; pero la insuficiencia de las nociones que poseian los ingenieros de aquel tiempo sobre esta clase de obras trajo incessantes destrucciones y se resolvió trasformar el socabon en una zanja á cielo abierto.

Estos trabajos inaugurados en 1607 despues de la tercera inundacion, por el virey don Luis de Velasco II, no se concluyeron hasta 1789. No hay que decir que, gracias á la mala administracion española, la empresa vino á ser una mina para los manipulantes. Allí se gastaron muchos millones; 15,000 indios tratados como negros marrones estuvieron constantemente empleados en las obras y el resultado mas positivo de aquel cúmulo de fuerzas, fue por muchos años, el enriquecimiento de una multitud de españoles, seglares y clérigos, (que éstos tambien pusieron mano en esta obra) y la muerte de un ejército de operarios indios. Aquellos pobres diablos sobrecargados de trabajo y de castigo, apenas alimentados, diezmados por las enfermedades, eran además sepultados por hundimientos que no se sabian prevenir. Segun Tomás Gage perecieron un millon de indios solo en los veinte primeros años. La cifra es acaso exagerada, pero esa misma exageracion demuestra hasta qué punto estaba conmovida la opinion pública por la suerte de aquellos infelices.

El desagüe que, despues de todo, solo desviaba las aguas del rio Cuautitlan, no podia ser mas que un paliativo, y se comprendió muy luego en vista de la triste realidad, que para poner á Méjico completamente al abrigo del mal, era menester dar un desagüe directo al lago de Tescuco. En 1804, durante la permanencia de Humboldt en Méjico, y acaso á su instigacion, el virey Iturrigaray ordenó la construccion de un canal para conducir al desagüe las sobrantes de los lagos de Tescuco, San Cristóbal y Jaltocan. La empresa no carecia de dificultades, porque la inclinacion del suelo del valle está precisamente en sentido inverso y Huehuetoca 20 metros mas elevado que Méjico; pero esto no era mas que una cuestion

de trabajo, que no podia detener á nadie, y menos á los españoles á quienes los indios costaban tan poco. El canal se comenzó á hacer, pero no se concluyó. Al Oeste de Zumpango se ve solamente un trozo.

El desagüe es pues una obra colosal, pero incompleta en todos sentidos, como todas las obras de las administraciones irresponsables. Para que fuese perfecta, seria menester no solo que todos los lagos tuvieran un desagüe en épocas de crecidas extraordinarias, si que tambien que en las de sequía pudieran recibir todas las aguas que la naturaleza les destinara. Problema hidráulico que está muy lejos de ser insoluble, y cuya solucion seria de la mas alta importancia para Méjico amenazado por la sequía. El lago de Tescuco, especialmente, se retira cada vez mas y estaria ya probablemente en seco si los de Jochimilco y Chalco no le suministraran regularmente 130 pies cúbicos de agua por segundo por medio del canal de la Viga que los reúne.

Cuautitlan.—Tanepantla.—Aspecto del valle.—La Virgen de Guadalupe y la de los Remedios.—Méjico.

Aunque renunciara á llegar por la noche á Méjico, me detuve en la orilla del Desagüe. El sol iba á desaparecer, cuando llegué al pueblo de Cuautitlan distante 7 ó 8 leguas de la capital, pero habia andado ya 12 desde por la mañana, sin contar los rodeos á Huehuetoca; tomé, pues, mis cuarteles de noche en Cuautitlan en una posada de la mejor aparencia. Este pueblo fue dado en *repartimiento* ó feudo al capitán Alonso de Avila, y acaso esta posada fuera el palacio de su descendencia. El patio es real: bellos arcos de piedra y construcciones magestuosas lo rodean; todo es grandioso, imponente, pero deteriorado, silencioso, desierto. El ruido de mis pasos resuena en las galerías y turba únicamente la calma de esta soledad en medio de la cual Miguel y el huésped se deslizan como sombras con sus sandalias.

Por echar una ojeada sobre el valle tuve el gusto de subir á una de las azoteas. Los lagos de Taltocan y de San Cristóbal brillan á lo lejos á los últimos rayos del sol; por sus orillas algunos campanarios rodeados de árboles y diseminados á largas distancias, me designaban los pueblos de Tultepec. San Pablo, San Lorenzo, Huacalco y Teutitlan. Sus sombras se prolongaban por campos cultivados, pero despojados ya de mies, y cuya uniformidad no rompía ningun objeto. A mis pies el villorrio, mudo ya á la hora de cenar, y los solitarios claustros de la posada donde el crepúsculo traía ya su misterio. Todo esto tenia un sello de melancolía á la cual no procuré yo resistir.

El día siguiente 6, salí de este pueblo á las tres de la mañana: una claridad de luna magnífica, prestaba al paisaje nuevos esplendores. Grupos de olmos, en-

cinas, sicomoros y fresnos se elevaban á intervalos en los vecinos campos y en las laderas del camino y una hilera de álamos indicaba los canales de riego. Alrededor de la hacienda Lechería formaban con los árboles frutales un verdadero bosque.

En el pueblo de Tanepantla, á donde llegué al alba, tomé el chocolate obligado en una fonda en que todo estaba revuelto. A la voz de la vieja fondista una multitud de criadas de bronceada tez, de grandes ojos negros, de pelo trenzado y de formas bien pronunciadas, se pusieron á barrer, rociar y ponerlo todo en orden. Por todo justillo usan una camisa bordada y la mayor parte de ellas llevan unas enaguas de colores fuertes con cenefa de seda al gusto de los adornos etruscos. Todo esto tiene su sabor local.

Muchos caminos sombreados de árboles se cruzan en Tanepantla: yo tomo uno que flanquea el rio de este nombre. Reunido al Ascapuscalco, este rio desagua en el lago de Tescuco, pasando por la ciudad de Guadalupe, hácia la cual me dirijo. Algunos tipos originales animan el cuadro: son indios que llevan á Méjico carbon, leña, aves, legumbres, flores: hombres y mujeres de todas edades pasan encorvados bajo su carga. Cestas de carbon, jaulas de gallinas, haces de verdura, hasta los muchachos demasiado pequeños para ir á pie, todo esto va á la espalda asegurado con una correa ó faja á la frente ó al pecho; el pecho y la frente como los bueyes, cuya fuerza tiene esta gente, como tambien la plácida indolencia.

¡Cosa estraña! á medida que uno se acerca á la capital de Méjico, el soberbio menosprecio de los conquistadores á la raza conquistada, se manifiesta mas. Los indios del valle de Méjico han entrado en civilizacion, tanto menos, cuanto mas cerca se hallan del centro en que reside. Poco mas ó menos, conservan la fisonomía y las costumbres de sus antepasados; se visten con las mismas telas, tejidas por sus propias manos, por los mismos procedimientos primitivos, teñidas con los mismos colores, dispuestas en rayas ó fajas alternadas: el azul, el blanco y el castaño parecen sus colores favoritos. Algunos, sin embargo, adoptan el vestido de la raza criolla, los calzones de algodón blanco, ó de cuero, las enaguas de indiana; pero la camisa suele suprimirse, y la fantástica anchura del pantalon y la costumbre de arremangarlo, revelan la predisposicion constante á la libertad.

El sol estaba ya alto cuando yo llegué al pie de las montañas de Tepeyacac, cuyos flancos secos, alimentan apenas algunos arbustos. En medio de este desierto dice la tradicion que se le apareció la Virgen en el año de gracia de 1531 á un indio convertido llamado Juan Diego. La Virgen encargó al pobre plebeyo obtener de los poderosos de la tierra que se

le erigiera un templo en este lugar y como testimonio, despues de haber hecho brotar una fuente de agua termal, le dió flores que nacieron allí milagrosamente y su imágen ó retrato pintado por ella misma con jugo de rosas sobre una tela de fabricacion india. No era menester tanto para convencer á las devotas y la imágen es aun reverenciada en el santuario de Guadalupe.

En el sitio de la aparicion se construyó un pequeño oratorio de que el indio Juan Diego fue guardian hasta su muerte. Noventa años despues se edificó un templo magnífico al pie de la colina; y mas tarde aun una capilla mas decorosa reemplazó al oratorio del *Cerrito*, y otra además se erigió en la fuente milagrosa. Una ciudad vino á formarse luego alrededor del gran templo que fue erigido en abadía canónica en 1750, siéndole adjunto un sagrario.

El aniversario de la aparicion da lugar el 12 de diciembre de cada año á una fiesta á que los indios acuden por millares de muchas leguas á la redonda, trayendo sus trajes tradicionales, y coronados de flores, dan el espectáculo de una saturnal antigua como los indios de Guadalajara en la fiesta de Nuestra Señora de Zapopan.

La Virgen de Guadalupe es la patrona de Méjico, y desde la revolucion es mucho mas venerada que la Gachupina, ó la Virgen española de los Remedios.

El santuario de los Remedios se halla á unas dos leguas al Oeste de Méjico, cerca de Tacuba, en las primeras alturas que ciñen el valle; este paraje es el sitio en que los españoles espulsados de Méjico, despues del desastre de la *Noche triste*, la triste noche del 1.º de julio de 1520, hallaron un asilo inesperado en un *teocalli* ó templo indio. La grosera estatua que en él se adora, seria, segun ellos, la que habian llevado y presidió á la conquista; circunsistencia que puede considerarse mas que dudosa.

La ciudad de Guadalupe Hidalgo es bastante bella y tiene unos 12,000 habitantes. El nombre de Hidalgo le fue dado despues de la revolucion en honor del viejo cura de Dolores, aquel primer soldado de la independéncia, que tuvo la feliz idea de poner su venerada imágen en su estandarte.

La catedral es un paralelógramo con un campanario á cada uno de sus ángulos y en el centro una cúpula octógona, como las torres. Todo esto es de un efecto moscovita tan original como imponente. Al Este se halla el sagrario y detrás las construcciones del canonicato. Este macizo está pegado á la montaña y dominado por el *Cerrito*.

El interior de la catedral es notable sobre todo por la falta de esa pesada ornamentacion sobrecargada de colores que habia visto hasta entonces en todas las iglesias. El revestimiento de las paredes es de estuco blanco con líneas de oro. El altar mayor es de